

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Aportaciones y persistencias culturales indígenas en el Circuncaribe desde la perspectiva latinoamericanista de Darcy Ribeiro

Autor: Serna Moreno, J. Jesús María

Forma sugerida de citar: Serna, J. J. M. (2000). Aportaciones y persistencias culturales indígenas en el Circuncaribe desde la perspectiva latinoamericanista de Darcy Ribeiro. *Cuadernos Americanos*, 3(81), 118-128.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 81, (mayo-junio de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Aportaciones y persistencias culturales indígenas en el Circuncaribe desde la perspectiva latinoamericanista de Darcy Ribeiro

Por J. Jesús María SERNA MORENO
CCYDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

A PARTIR DE 1971, con la Primera Declaración de Barbados,¹ se da a conocer a nivel continental una corriente *eticista* que rescata los aportes del indianismo (entendido en su acepción de punto de vista de los indígenas que surge desde, y para, ellos mismos) y critica al indigenismo como expresión de las políticas gubernamentales integracionistas en América Latina, elaboradas por los no indígenas, quienes pretenden imponer una “única y homogénea” cultura nacional. Más tarde, las posturas más proclives a una visión romántica de lo indígena, por parte de etnicistas² (como es el caso de Guillermo Bonfil Batalla en México)³ han recibido no sólo la crítica por parte de estudiosos especialistas en el tema,⁴ sino, inclusive, revisiones significativas al interior mismo del movimiento indígena de nuestra América. De esta manera, durante las últimas tres décadas se ha desarrollado un amplio e interesante debate que ha llevado a revisar el papel desempeñado por los indígenas en las esferas económica, política, social y cultural en nuestros pueblos. La historia misma de América Latina ha sido reformulada en la medida en que se revisan los enfoques propios de la historiografía liberal, que restaba importancia a la participación

¹ “Declaración de Barbados: por la liberación del indígena”, en Carlos García Mora y Andrés Medina, eds., *La quiebra política de la antropología social en México (antología de una polémica)*, vol. II, México, UNAM, 1986, pp. 519-525.

² Algunos prefieren llamarlos *populistas* o *etnopopulistas*.

³ Véanse sus más importantes obras: Guillermo Bonfil Batalla, comp., *Utopía y revolución: el pensamiento contemporáneo de los indios en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1981; *México profundo: una civilización negada*, México, CIESAS/SEP, 1987 y “Civilización y proyecto nacional”, en Bonfil Batalla, *Pensar nuestra cultura*, México, Alianza, 1991.

⁴ En México, el crítico más destacado de esta corriente ha sido Héctor Díaz Polanco, principalmente en su texto *La cuestión étnico-nacional*, México, Línea, 1985.

histórica de los indígenas, quienes en esos trabajos nunca alcanzan, ni por asomo, el papel protagónico que caracterizó, en muchas ocasiones, su actuar en los procesos constitutivos de un buen número de naciones latinoamericanas. La historiografía oficial, elaborada por los Estados monoétnicos, los relegó cuando mucho a un terreno simbólico mitificador del origen de lo nacional.

Actualmente en el campo de los estudios culturales se realizan esfuerzos por ubicar el análisis de lo indígena en un ámbito de mayor objetividad⁵ que supere tanto el oficialismo indigenista como las posturas románticas que en ocasiones llegaron a prohijar una especie de racismo a la inversa, donde se rechazaba lo blanco o lo occidental contrapuesto a lo que se consideraba auténticamente indígena.

Por otra parte, en el estudio del Caribe, durante mucho tiempo también se negó el carácter fundamental del aporte cultural de África a la región (por lo menos, para los intelectuales y políticos de las Antillas españolas), lo cual tiende a cambiar de manera sustancial a raíz de múltiples aportes teórico-metodológicos de especialistas en el tema (empezando por Cuba, en donde se reivindicaron, con la Revolución Cubana, los trabajos de Fernando Ortiz, la literatura "negrista" etc., y, más recientemente, otros trabajos de antropólogos, sociólogos, historiadores, lingüistas, etnomusicólogos y demás científicos sociales y del área de humanidades). Así, por ejemplo, recientemente, Pablo A. Mariñez muestra, en un interesante y documentado artículo, cómo en la cultura popular de las Antillas de colonización inglesa persisten mayores elementos culturales africanos que entre las clases dominantes y los círculos intelectuales donde aún se niega la presencia cultural africana; asimismo, para Mariñez en las Antillas de colonización inglesa y francesa hubo, en las diferentes clases sociales, un mayor acercamiento hacia África.⁶ Por nuestra parte, estamos totalmente de acuerdo con lo que sostiene el doctor Mariñez en cuanto a los aspectos mencionados. En particular, lo estamos también con su enfoque contrario a una visión estática de la persistencia cultural y también en cuanto a sus conclusiones, según las cuales, la persistencia cul-

⁵ Un ejemplo, con el que nos identificamos, es el del antropólogo mexicano Andrés Medina, de quien recomendamos su trabajo *La etnografía y la cuestión étnico-nacional en Centroamérica: una primera aproximación*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1993.

⁶ Pablo A. Mariñez, "Persistencia cultural africana en el Caribe: diferentes niveles de identidad", *Revista Mexicana del Caribe*, núm. 3 (1997), pp. 42-43.

tural africana es sólo uno de los elementos de la etnicidad cultural caribeña, la cual cuenta con distintos niveles de identidad.

Juan Bosch, a quien Maríñez cita, señala en una de sus obras más conocidas que “el indio y el negro se influían recíprocamente; se transculturaban [...] y los dos tenían razones para rebelarse contra los amos”.⁷ Pero habría que agregar, además, que también los europeos tuvieron que aprender de los indígenas para poderse adaptar a un medio ecológico extraño. Los estudios actuales de la adaptación ecológica de los grupos humanos muestran claramente la necesidad, para poder realizar dicha adaptación, de saberes que tardan a veces milenios en ser adquiridos mediante una experiencia colectiva en que la creatividad humana genera formas específicas de arraigo para cada región. En efecto, los negros aprendieron de los indígenas durante el siglo xvi, cuando ambos grupos actuaron juntos en las zonas de cimarronaje. Pero este aporte no sólo fue hacia ellos, sino también hacia los blancos y no sólo durante el siglo xvi, como lo vienen mostrando nuevos estudios al respecto.

En este trabajo intentamos el análisis de los aportes y la persistencia cultural indígena en el Caribe, entendido no en la acepción que lo restringe únicamente a las Antillas, sino en la dimensión más adecuada a la realidad contemporánea de su región Circuncaribe.

Como también señala Pablo Maríñez en su trabajo —apoyándose en Baralt, Peña Battle, De Coll, Duharte Jiménez, Price, Deive, Dallas (1980):⁸ “Los historiadores que han estudiado las rebeliones de aborígenes y africanos esclavizados, así como su cimarronaje en el Caribe, generalmente los han tratado como fenómenos aislados, quizás porque unos han realizado sus investigaciones desde la perspectiva del indigenismo, y los otros han tratado de poner

⁷ *Ibid.*, p. 48.

⁸ Manuel Arturo Peña Battle, *La rebelión del Barohuco*, Santo Domingo, Colección Pensamiento Dominicano, 1970; Carlos Esteban Deive, *Vudú y magia en Santo Domingo*, Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1975; J. Oliva De Coll, *La resistencia indígena ante la conquista*, México, Siglo xxi, 1976; R. C. Dallas, *Historia de los cimarrones*, La Habana, Casa de las Américas, 1980; Richard Price, comp., *Sociedades cimarronas*, México, Siglo xxi, 1981; Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos de Puerto Rico (1795-1873)*, San Juan de Puerto Rico, Huracán, 1981; Carlos Esteban Deive, *Los guerrilleros negros: esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo*, República Dominicana, Fundación Cultural Dominicana, 1989; Rafael Duharte Jiménez, *La rebelión esclava en el Caribe*, Veracruz, Colección Quinto Centenario, 1992.

énfasis en la presencia africana”.⁹ Por lo que respecta a nosotros, consideramos que se debe superar, en la medida de lo posible, esa visión indigenista, puesto que pensamos que nuevos trabajos de investigación apuntan hacia allá y parecen confirmar, además, lo que ya advertía con su análisis pionero y visionario Darcy Ribeiro en relación con el aporte étnico-cultural de los indígenas en el Caribe al referirse a los pueblos nuevos “cimentados en la mano de obra esclava traída de África”¹⁰ y, de modo muy particular, en relación con la variante identificada por él como “hispano-antillana en el contexto del Caribe insular”.¹¹ En efecto, el cubano Rolando Antonio Pérez Fernández en un artículo titulado “El culto a la Guadalupe entre los indios del Caney”, nos dice, con toda razón, lo siguiente:

Los habitantes de Cuba no fueron totalmente exterminados en los primeros siglos de la conquista y colonización europeas, ni la población cubana actual descende de grupos humanos arribados a la isla a partir del siglo xvi. Registros censales y otros documentos atestiguan fehacientemente la presencia del indio cubano en el siglo xviii y hasta bien entrado el xix, y aún hoy es posible identificar a muchos de sus descendientes, sabedores —algunos— de su origen precolombino. Tampoco se puede reducir la contribución cultural aborigen a tales o cuales elementos aislados de la cultura material (la vivienda y el ajuar doméstico campesinos, por ejemplo) y a cierto número de vocablos integrados al español hablado en el país, por importantes que unos y otros sean. El aporte indígena a la gestación de una *protocultura* cubana fue decisiva y trascendental: *proporcionó a las gentes inmigradas* —blancos y negros— *la adaptación ecológica y el arraigo al nuevo medio y el arraigo a la tierra*.¹²

Rolando Pérez se basa en el enfoque desarrollado por Darcy Ribeiro, quien en sus interesantes y eruditos trabajos nos aporta su invención de categorías conceptuales más acordes con la específica realidad de América Latina, en contraposición a las deformadoras visiones eurocentristas. Pensamos que en sus estudios se encuentran claves importantes para entender, desde la perspectiva étnica,

⁹ Marfnez, “Persistencia cultural africana en el Caribe”, p. 48.

¹⁰ Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización: proceso de formación y problemas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, México, Extemporáneos, 1977, pp. 227-231.

¹¹ *Ibid.*, pp. 386-387.

¹² Rolando Antonio Pérez Fernández, “El culto a la Guadalupe entre los indios del Caney”, *Archipiélago*, año 2, núm. 17 (mayo-junio de 1998), pp. 55-61, p. 55; las cursivas son del original.

la formación del Estado-nación en América Latina. Su enfoque es de amplio alcance y, aunque centrado en la antropología, de carácter multidisciplinario.

Éste es, pues, el enfoque que queremos aplicar aquí, aunque sólo sea mediante el trazo de sus aspectos más generales. Pensamos que la discusión al respecto no sólo es actual, sino relevante, en la medida en que el movimiento indio en América Latina ha venido impulsando una revisión crítica de los estudios que hasta ahora se han hecho sobre los aportes culturales indígenas en la región. Hasta ahora, pareciera que el debate sobre la cuestión indígena se limitara sólo a lo que ha sido la historia de los pueblos del continente y que no tuviera nada que ver con la región Circuncaribe, sobre la cual existe, como bien lo señala Rolando Pérez, la idea equívoca de que los aportes indígenas, o no existen, o son sumamente limitados porque, se piensa, los pueblos indios desaparecieron durante el siglo xvi. Precisamente lo que Darcy Ribeiro se propone es valorar correctamente el aporte indígena, pensando en todas las Américas. Según él, en el continente habría tres tipos de pueblos: los pueblos testimonio, los pueblos trasplantados y los pueblos nuevos.¹³

Los pueblos nuevos, que son los que aquí nos interesan, surgieron de la conjunción, deculturación y fusión de matrices étnicas, africanas, europeas e indígenas. Son, según Ribeiro, *species novae*. Constituyen entidades étnicas distintas de sus matrices constitutivas, y representan en alguna medida anticipaciones de lo que probablemente habrán de ser los grupos humanos en un futuro remoto, cada vez más mestizados y aculturados, y de este modo uniformados desde el punto de vista racial y cultural.

En los pueblos nuevos se ha dado una amalgama biológica y una aculturación de etnias dispares dentro de un marco esclavócrata y hacendista. Constituyen pueblos nuevos los brasileños, venezolanos, colombianos, antillanos y una parte de la población de América Central y del sur de Estados Unidos. Estamos hablando de 32.1% de la población del continente, es decir 143.7 millones de personas, en la época en que Ribeiro hizo su estudio.

Los pueblos nuevos constituyen la configuración histórico-cultural más característica de las Américas porque están presentes en todo el continente, y porque tienen aquí una particular prevalencia, si bien en menor medida pueden detectarse en otros ámbi-

¹³ Ribeiro, *Las Américas y la civilización*.

tos. En Europa, por ejemplo, tendríamos la macroetnia ibérica; es decir, los pueblos transformados por la expansión musulmana.

Los pueblos nuevos de América se formaron por la confluencia de contingentes profundamente dispares en cuanto a sus características raciales, culturales y lingüísticas, como un subproducto de proyectos coloniales europeos. En este proceso, se reúnen negros, blancos e indios en las grandes plantaciones de productos tropicales o en las minas. Y, este proceso, plasma pueblos profundamente diferenciados de sí mismos y de todas las etnias que los componían.

Aunados en las mismas comunidades, estos contingentes básicos, aunque ejercían papeles sociales distintos, acabaron mezclándose. Así, al lado del blanco, que desempeña la jefatura de la empresa, del negro esclavo, del indio, también esclavizado o tratado como mero obstáculo, que debía eliminarse, fue surgiendo una población mestiza en la que se fundían aquellas matrices en las más variadas proporciones. En este encuentro aparecen lenguas francas como instrumentos indispensables de comunicación y aparecen culturas sincréticas. Pocas décadas después de iniciado el proceso colonial, la nueva población, nacida o integrada en aquellas plantaciones o minas, ya no era europea, ni africana, ni indígena, sino que configuraba las protocélulas de nuevas entidades étnicas.

Los pueblos nuevos son el resultado de formas específicas de dominación étnica y de organización productiva, establecidas bajo condiciones de extrema opresión social y de deculturación compulsoria, que, aunque ejercidas en otras épocas y diferentes regiones del mundo, alcanzaron en la América colonial la más amplia y vigorosa aplicación. Tales formas fueron la esclavitud personal y la adopción de la hacienda como modelo de organización empresarial capitalista. Pablo Maríñez menciona "cuatro tipos de actividades: la incipiente producción azucarera, el trabajo en las minas de oro, las obras de construcciones arquitectónicas, así como las diversas tareas del servicio doméstico".

Tanto en su forma esclavócrata como "libre", la "plantación" ha sido la institución básica conformadora del perfil de los pueblos nuevos. Ella condicionó la familia, la religiosidad, la nación misma, como proyección de su sistema y de su hegemonía sobre la ordenación legal del Estado.

Tanto explotados como dominadores rurales y urbanos cambian sus características étnico-culturales propias de las matrices

que les dieron origen. El sistema de haciendas sirvió también para dar impulso al cultivo de la caña de azúcar y a los ingenios; plantas de algodón, café, tabaco, bananas, cacao, ganadería y actividades extractivas regionales, primero como mano de obra esclava, y después de la abolición con trabajadores libres. Todas tenían en común: el dominio del territorio donde operaban y el control de un contingente humano puesto al servicio de la empresa, sin ningún respeto por sus costumbres o aspiraciones, sobre todo cuando éstas podían menoscabar los imperativos de la producción y de la obtención de ganancias.

En cierto sentido, la hacienda anticipa a la fábrica moderna. Una "fábrica" singular: rural y originariamente esclavista. El ritmo de tareas y de descanso, costumbres, creencias, organización familiar, cuya vida entera se sujetaba a la intervención avasallante de una voluntad extraña. Los grupos humanos explotados como mano de obra esclava aspiran o a la disminución del ritmo de trabajo o a la fuga. Lo que trae consigo la "caza" de los que viven como cimarrones. Bajo el régimen esclavócrata, no había lugar para el desempeño del papel de padre de familia en relación con la compañera y los hijos, piezas que también pertenecían al patrón. Por supuesto, ahí no tiene cabida alguna el *ciudadano*.

La clase dominante de las sociedades configuradas como pueblos nuevos, bajo el sistema de haciendas, constituyó más el cuerpo gerencial de una empresa económica europea que el sector dirigente de una sociedad auténtica. Solamente con gran lentitud se erigió en una jefatura nativa y cuando lo hizo, impuso a la sociedad entera, transformada en nacionalidad, una ordenación oligárquica basada en el monopolio de la tierra que le garantizaba la preservación de su posición rectora y la permanencia del pueblo a su servicio como mano de obra servil o libre. Por otra parte, la economía mantiene históricamente un carácter exógeno. Las diferencias que tienen entre sí las matrices culturales son irrelevantes frente al poder uniformador representado por el esclavismo y el sistema de plantación.

Desde el punto de vista lingüístico se generan unidades luso-americana, hispanoamericana, francoamericana, angloamericana etc., conformadas religiosamente como católicos o protestantes, entre otras variantes, las cuales son mestizadas con el espíritu de las instituciones y hábitos prevalentes en las metrópolis colonizadoras. Como queda demostrado en infinidad de trabajos, sobre estos factores culturales diferenciadores privaron los socioeconómicos.

Lo más relevante del proceso étnico en el Circuncaribe fue la matriz africana, su presencia y proporción frente a las diferencias étnicas entre ellos. Sin embargo, desde el punto de vista cultural el proceso se caracteriza por la deculturación. La destribalización del negro y su fusión en las sociedades neoamericanas constituyó el más portentoso movimiento de población y el más dramático proceso de deculturación de la historia humana. Mucho de la discriminación racial tiene su raíz en las relaciones fundadas en la esclavitud. Ella fue la que fijó rencores, reservas, temores y repulsión aún no erradicados. En el esclavo encontramos una conciencia enajenada de su subyugación adoptada de la que de él tenía el blanco.

En cuanto a la composición de los pueblos nuevos, dentro de ellos, los negros y los mulatos forman los componentes mayores. Corresponden aproximadamente a la mitad de la población total; una parte importante de la América del Norte, y constituye, además, el sector que más tiende a aumentar.

Pero lo que nos interesa destacar en nuestro trabajo es el hecho de que la matriz indígena le proporcionó a los europeos los elementos básicos necesarios a la adaptación ecológica de los primeros núcleos neoamericanos. Contribuyeron decisivamente de este modo a la configuración de las protoculturas resultantes del establecimiento en tierras americanas de los núcleos colonizadores. Entre las matrices indígenas del Circuncaribe y, en general, en los pueblos nuevos, encontramos dos distintos niveles de desarrollo tecnológico. El primero lo constituyen los tupí guaraní de la costa atlántica de Sudamérica y los aruak y karib de la región amazónica y del área del Caribe, con un nivel que Darcy Ribeiro llamaba de aldeas agrícolas diferenciadas; en segundo lugar los araucanos de la costa chilena y diversas confederaciones tribales del noroeste de América del Sur y de América Central, algunos de los cuales ya habían alcanzado el nivel de lo que Darcy denominaba Estados rurales artesanales.

Únicamente los paraguayos, y en menor medida los brasileños, conservan en la actualidad nítidos rasgos lingüísticos y culturales resultantes de su herencia indígena tupí guaraní.

En el área del Caribe —sobre todo en Venezuela, Colombia y las islas colonizadas por españoles— encontramos una herencia en los hábitos alimentarios y en otras esferas de la cultura. También podemos hablar de pueblos nuevos, aunque con otras características, en el área cultural andina de Venezuela y de Colombia en el noroeste; panameños, nicaragüenses y hondureños en Amé-

rica Central. Pero, en todos estos casos, es indispensable referirse a las raíces indígenas, en sus diversas variantes, a fin de comprender las singularidades distintivas de estos diversos pueblos nuevos, tan diversos étnica y culturalmente hablando. Todas estas marcas distintivas tienen en común, no obstante, lo que recibieron de la matriz africana, así como también les fueron comunes las compulsiones propias del sistema de haciendas —de azúcar, algodón, café, tabaco, telas de algodón, cacao o las minas de oro de Brasil.

Desde esta perspectiva, el aporte cultural indígena a la región Circuncaribe es mucho más decisivo de lo que hasta ahora se ha pensado. Estudios recientes lo demuestran de manera contundente. En estudios de lingüistas como Sergio Valdés Bernal se muestra cómo “el aruaco insular es la lengua indígena que más ha aportado al léxico español general. En la actualidad están vivos en el habla cubana más de 340 vocablos de este origen, relativos a la flora, la fauna, la cultura material, la organización social, el entorno y demás”.¹⁴ Los que arraigaron en México “suman alrededor de 50, y fueron traídos en su gran mayoría por los conquistadores españoles, establecidos con anterioridad en Cuba, y algunos más por los exiliados cubanos que en el siglo XIX introdujeron innovaciones en el cultivo y procesamiento del tabaco en San Andrés Tuxtla, Veracruz. He aquí una muestra: *maíz, maguey, tuna, hica-co, ceiba, jobo, majagua, jaiba, iguana, caimán, hamaca, enagua, coa, barbacoa, cacique, canibal, sabana, huracán*. Además, varias de estas voces o sus derivados se han convertido en topónimos de la geografía mexicana”.¹⁵

Las investigaciones actuales que muestran este proceso no se reducen a Cuba, como en el caso del estudio de Sergio Valdés o el ya mencionado de Rolando A. Pérez o el citado por este último, de la historiadora Olga Portuondo, sobre la Virgen de la Caridad.¹⁶ De esta manera, en República Dominicana, por ejemplo, 95% de la población es mulata. Aún así, la presencia indígena es importante, más allá del manejo ideológico que las clases dominantes quieren hacer con ello; y más allá, incluso, del interés que representa para la afirmación de la identidad nacional de la población que los lleva a exagerar el aporte étnico-cultural indígena para di-

¹⁴ Sergio Valdés Bernal, *Inmigración y lengua nacional*, La Habana, Academia, 1994, pp. 12-28.

¹⁵ Pérez Fernández, “El culto a la Guadalupe entre los indios del Caney”, p. 55.

¹⁶ Olga Portuondo, *La Virgen de la Caridad del Cobre: símbolo de cubanía*, Santiago de Cuba, Oriente, 1995.

ferenciarse del Haití negro al cual se toma como elemento referencial del "otro" que contrasta con la identidad nacional dominicana.¹⁷

Por otra parte, en Puerto Rico, el proceso (aunque muy complejo por el hispanismo producto de su lucha contra la pérdida de identidad nacional frente a lo sajón), muestra, al respecto de su identidad, cambios interesantes y nuevos estudios tienden a considerar el aporte indígena en la isla borinqueña. Y, por otra parte, en las pequeñas Antillas se está dando un interesantísimo proceso de reconstitución de lo taíno por parte de una población dispersa en diversos países, incluyendo un importante número en Estados Unidos de América. Esta especie de *revival* étnico-cultural de reasunción de la identidad étnica de carácter indígena se viene fortaleciendo cada vez más, "a pesar de que el número de personas indígenas oficialmente censadas no pasa de los 34 000, especialmente en San Vicente y en Trinidad y Tobago".¹⁸

Por último, diríamos en resumen que, aunque el proceso de configuración étnico-cultural en el Caribe ya ha sido estudiado en su complejidad (con lo que se ha podido poner de manifiesto lo heterogéneo de los elementos tanto en la matriz indígena como en la negra africana y la blanca, además de las contrastantes diferencias que existen entre las distintas subregiones caribeñas), a todo ello agregaríamos, desde nuestro punto de vista, que un enfoque como el de Darcy Ribeiro implica ubicarse desde la perspectiva del indígena, sin dejar de lado los demás componentes étnicos, para comprender de manera más cabal cómo es que la matriz étnico-cultural indígena, después de un largo proceso de transculturación, aportó una simiente fundamental al desarrollo de una configuración nacional caribeña. Los elementos étnico-culturales indígenas se fusionaron, durante el desarrollo de un proceso más largo de lo que hasta hoy se había pensado, con los elementos blancos y africanos, lo cual permitió que persistieran sus aportes culturales, los cuales actualmente forman parte incuestionable de la rica y sincrética identidad cultural de la región caribeña. Identidad que va más allá de lo que ha recibido por parte de cada uno de sus elementos vistos por separado.

¹⁷ Cf. Marfíez, "Persistencia cultural africana en el Caribe", pp. 63-65.

¹⁸ Véase José Matos Mar, "Población y grupos étnicos de América, 1994", *América Indígena* (México, Instituto Indigenista Interamericano), núm. 4 (1993), pp. 155-234, p. 164.

Aún más, la complejidad y riqueza de este proceso se incrementa sobremanera, pero no se altera en lo sustancial, si consideramos la región, tanto en su dimensión insular como en su representación ampliada de región circuncaribeña; de tal manera que Surinam, las Guyanas, Venezuela, Colombia, la costa atlántica de Centroamérica e, incluso, los litorales del Golfo de México y del sur de Estados Unidos, si son consideradas como partes de esta totalidad regional del Circuncaribe, no hacen sino aumentar, en todo caso, la diversidad étnico-cultural que ya existe de por sí en las Antillas y que contiene a lo "indígena" como uno de sus componentes originales. En la actualidad el resultado de los nuevos estudios y la perspectiva circuncaribeña en el análisis, nos llevan a concluir que las aportaciones y persistencias culturales indígenas en el área caribeña son mayores de lo que anteriormente se creía, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo.